



Ángeles Bernárdez
Almería

La Cita

Lo experimentado aquella mañana no había sido producto de un sueño en un tórrido día de verano sobre una mullida toalla a orillas del mar. Derrumbada en el sofá, Ana, abría y cerraba los ojos queriendo deshacer los fotogramas que secuenciaban la atribulada mañana. Sobre la opaca pared que tenía frente a ella, de manera imaginaria, se descubría a sí misma de principio a fin, una y otra vez. Una mueca de burla perfilaba sus labios. Pensaba, en cuántas ocasiones de manera inconsciente consiguió que en su vida la realidad superara a la ficción más enrevesada.

Cerró nuevamente los ojos, y dejó que el teléfono sonara, iniciando nuevamente el imborrable recorrido matinal.

-Dígame.

-Tía Ana...

-Sí, te escucho.

-Quedamos sobre las doce del mediodía en la parada del autobús. ¿Te acuerdas?

-Allí estaré. Sara, nena, aunque falta una hora, me voy ya.

-Es pronto, ¿qué vas a hacer hasta...?

-Preguntar qué línea de autobús me corresponde, por ejemplo.

-La línea número 12 Centro, te informé ayer.

-Ya...

-Recuerda que hay dos con ese número: la doce Centro y la 12 Costa...

-Sí, ya, ya... No entres a la consulta sin mí.

-Antes de vernos, voy a desayunar en casa de Adolfo. A las doce, me tienes esperándote pegada al poste del semáforo.

Aquel día acababan las clases, por lo que era un viernes peculiar o así se lo parecía a Ana. En la parada del autobús que le cogía cerca de casa se ubicaba la estación de la línea doce. Ana y el

autobús llegaron al mismo tiempo. Las palabras que tenían que indicar Centro o Costa eran indescifrables. Una "c" licuada, y una "t" zigzagueante, las cuales parecían hacerle guiños, se encendían y se apagaban sobre el negro fondo de un electrónico rótulo indicador.

-¿12 Centro?

-¿No lo ha leído, señora?

-¿Tiene parada en Haza de Acosta?

-...Sí.

-¿Cuando estemos cerca, será tan amable de advertirme?

-Esté pendiente del avisador, no sé si lo recordará...

Ana quedó preocupada porque no sabía si sería capaz de distinguir las letras. Se había dejado las gafas olvidadas, y el único asiento libre estaba situado debajo del mismo. Pensó, al acomodarse en el asiento, que hacía años que no viajaba en transporte público; le eran desconocidas aquellas zonas periféricas de la ciudad que comenzaban a desfilar ante ella. Con la mirada perdida a través de los ventanales, dejó pasar el tiempo, ensimismada, viendo las nuevas y modernas construcciones que pululaban por doquier, sin interés por entablar conversación con la mujer sentada a su lado.

-Deberían de inventarlas sonoras como los semáforos...

-Cómo dice

-Soy Julia. La he escuchado antes hablar con el conductor sobre las indicaciones de las paradas.

-Me llamo Ana.

-Y yo Julia. ¿Hacia dónde se dirige?

-A la plaza del Hospital General.

-¿Alguien enfermo?

-¡No!, gracias a Dios.

-Perdone si le he molestado...

-Me ha cogido desprevenida. Desde que hice el comentario ha transcurrido hora y media.

-Tenía ganas de decirselo, pero me parecía que echaba una cabezadita.

-Quién, ¿yo? ¿Cuánto tardará en llegar a Haza de Acosta, si lo sabe?

-Unas horas.

-Cómo. ¡No puede ser!

-Sí, lo es. Vivo por aquella zona y utilizo esta línea a diario. No sé si lo sabe que pasa por la universidad, la barriada de Costacabana y por último sube hacia Haza de Acosta.

-¿Me he equivocado...? No. Es el doce... ¡ay!, pronto darán las doce; no llego.

-Es el 12 Centro y Costa. Si mira a su derecha... Fíjese cómo está el mar; para ahogarse sin contemplaciones, menudo levantazo. Un día nos traigan las olas. Esta carretera está demasiado cerca de la orilla ¿no le parece?, y la mar acabará por llevarse hasta los quitamiedos del otro lado de la carretera.

-Dónde, dónde estamos... ¿No podría bajar antes...?

-En la universidad, no le queda otra. Y volver atrás...

-Puede bajar en la universidad, regresar a la anterior parada en el autobús número 10 que coincide justo a la llegada de éste, y solicitar un taxi.

-¡Ay, Dios mío! Y sin teléfono móvil...

-Cuando baje en la anterior, pregunte por la plaza de la Habana, allí hay parada.

Ana, sentada en un banco del parque que rodeaba la entrada a la universidad, esperó resignada la llegada del autobús número 10. Pequeños grupos de estudiantes celebraban eufóricos el final del curso académico. Con las mochilas al hombro, algunos, y los móviles insertados en las mejillas

como hongos, la mayoría de ellos, la observaban a la vez que intercambiaban algún que otro jocoso comentario. Ana dejó de estar pendiente de los jóvenes. Era un manojo de nervios. El mar, en aquellos momentos, no le servía para tranquilizarse debido al fuerte temporal que lo agitaba. Una media hora más tarde, consiguió alcanzar la plaza de la Habana no sin antes sortear al viento y las aceradas espadas de fuego de un sol subido en la más alta cima de su anual andadura. Le faltaban manos para sujetarse la falda y, al mismo tiempo, llamar la atención del conductor del taxi que se encontraba estacionado a unos veinte metros de ella. En el momento en que paró para tomar aire y así poder seguir con vida, una enorme hoja acristalada de un gran ventanal situado nueve pisos por encima de su cabeza, caía a tierra desde el edificio donde acarició por segundos una brizna de sombra, aterrizando estrepitosamente a dos metros de donde se encontraba. Ana, que como impulsada por un resorte y con la furia del viento logró esquivar para salir corriendo como una exhalación hacia el ansiado taxi. No podía articular palabra. Se atragantaba debido a tener que acallar las imperiosas ganas de lanzar un estrepitoso alarido, o varios en cadena, para desahogar el estrés acumulado y el miedo vivido.

-He visto lo que le ha pasado. De menuda se ha librado, Señora. Puede decir que ha nacido, que es su día de suerte.

-¡No pierda tiempo y lléveme al Hospital General lo más rápido que pueda. Le pago el doble por la carrera...

-¡Marchando, Señora!

-¡No! ¡Volando si es preciso, buen hombre, volando! ¡Si algo nos sobra en esta tierra es viento!